

*Experiencias*  
**DE UN MÉDICO  
MILITAR**

**DURANTE LA GUERRA DE ANGOLA**

1976-1977



Fundación Ediciones

**Clío**

Autor  
Jorge Luis Sagué Larrea



# Experiencia de un médico en la guerra de Angola

*Jorge Luis Sagué Larrea*

# *LaExperiencia de un médico en la guerra de Angola*

Jorge Luis Sagué Larrea (autor)

@Ediciones Clio



Maracaibo, Venezuela

1ra edición

Hecho el depósito de ley:

ISBN: **978-980-451-032-8**

Depósito legal: **ZU2024000137**

Producción: Jorge F. Vidovic L. y Julio César García Delgado

Edición y corrección: Liset Ravelo Romero

Diseño de portada y contraportada

Diseño y diagramación: Julio César García Delgado

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

# Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

**Dr. Jorge Fymark Vidovic López**

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>



# Índice general

<b>Capítulo 1. Médico. Reservista. Maniobra I Congreso del Partido. Movilización. Entrenamiento.....</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo 2. Travesía. Llegada .....</b>	<b>17</b>
<b>Capítulo 3. Recorridos .....</b>	<b>21</b>
<b>Capítulo 4. MMCA. Misiones combativas .....</b>	<b>35</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>49</b>



# Capítulo 1

## Médico. Reservista. Maniobra I

### Congreso del Partido.

### Movilización. Entrenamiento.

El año 1975 comenzó como todos los años: uno saliendo y otro entrando. Para los hombres y mujeres de la medicina cubana, sobre todo los recién graduados, el horizonte avizoraba nuevas metas de la superación profesional, que invitaban a escalar sin descanso el largo camino del conocimiento y a la vez iniciar la construcción de ese gran tesoro humano que es la familia.

Los sucesos internacionales que asomaban a los periódicos en ocasiones podían llamar nuestra atención de forma fugaz, pero al fin y al cabo no dejaban de parecernos cosas lejanas que no tendrían por qué acercarse a nuestras vidas, y menos aún interrumpirlas. Nuestra actividad diaria era suficiente para no permitirnos pensar en otras cosas, y los que pertenecíamos a las organizaciones políticas juveniles focalizábamos la atención en emergencias muy propias como el

trabajo voluntario, las asambleas sindicales, las discusiones ideológicas y otros problemas que tejían nuestras vidas.

Pero un día fuimos sorprendidos por la noticia del comienzo de una misión militar de Cuba en Angola, desencadenada en noviembre de 1975 con el envío de un primer contingente de soldados cubanos desde La Habana hasta Luanda, capital de Angola. La misión tenía el nombre clave de *Operación Carlota* y determinó la participación cubana en la guerra civil de Angola, así como en los combates contra las tropas invasoras de Zaire (actual República Democrática del Congo). Las tropas cubanas se enfrentaron además a dos ejércitos armados, financiados y asesorados por los Estados Unidos, así como a destacamentos armados del ejército de Sudáfrica, entonces dominada por el gobierno racista del apartheid.

El secreto rodeaba estas acciones en sus primeros momentos. En diciembre de aquel mismo año yo fui movilizado como reservista del ejército para participar en la maniobra militar “I Congreso del Partido”, donde se encontraban las principales unidades combativas del Ejército Oriental. Allí me desempeñé como secretario general del Comité de dirección del batallón médico. Aprendí las artes sanitarias en tiempo de guerra, donde los ejercicios militares eran realizados con el mismo rigor de las tropas regulares. Tuvimos momentos de indisciplinas en que se tomaron medidas severas en relación a violaciones con la reserva de alcohol del batallón, tal vez debido a inmadurez de los reservistas. Cuando finalizó la maniobra recibí junto al resto

de mis compañeros médicos un documento firmado por el secretario del Partido en la provincia de Holguín, Miguel Cano Blanco, por la conducta ejemplar mantenida durante las maniobras.

En la primera quincena del mes de octubre de 1975 llegaron a Angola tres barcos cubanos con instructores y armamentos. Una columna sudafricana penetra en el sur de este país ocupa el poblado de Ondjiva el día 19 uniéndose a tropas de la UNITA. Las fuerzas del FNLA junto a fuerzas zairenses inician la ofensiva hacia Luanda desde el norte. El 23 en Quifangondo unos 40 cubanos ofrecen combate por vez primera combaten los cubanos.

Nos incorporamos a nuestras tareas cotidianas. Ya en esos momentos se estaban produciendo las movilizaciones de la reserva para la misión militar. Cito textualmente el párrafo del escritor Mauro Mulet en su libro *Jaque Mate*, que ejemplifica dicho momento:

Desde hacía varias semanas habíamos venido seleccionando algunos reservistas deficitarios e indispensables con el fin de enviarlos a cumplir misiones militares, sin conocer su destino inicialmente. Lentamente esto fue tomando envergadura y ya en diciembre estábamos enfrascados en un complejo proceso para apoyar las acciones que desarrollaban las primeras unidades cubanas en la recién proclamada República Popular de Angola, que así se había titulado el 11 de noviembre de 1975, cuando Agustino Neto, destacado líder político de la lucha revolucionaria, al frente del MPLA se hizo cargo de la presidencia del país, tras el acelerado proceso de descolonización que se produjo en África, a partir de la llamada “revolución de los claveles”, en Portugal, en el año 1974.

En el discurso pronunciado por nuestro Comandante en Jefe al concluir el Primer Congreso del Partido se hizo público nuestro apoyo con tropas a la triunfante revolución angolana, lo que facilitó nuestra tarea.

El 7 de noviembre el primer grupo del batallón de Tropas Especiales parte en dos aviones desde Cuba. El 8 del mismo mes el Frente Nacional para la Liberación de Angola con mercenarios y zairenses se enfrenta a instructores cubanos y reclutas angolanos en Cabinda. El 10 de noviembre las tropas del FNLA y sus aliados son derrotados en Quifangondo. El 4 de diciembre se inicia la ofensiva contra el FNLA en el frente norte.

Para el 18 de enero del año siguiente, 1976, ya ha sido liberada la mayor parte del norte y noroeste de Luanda. El 5 de febrero el frente sur comienza la ofensiva contra los sudafricanos que se retiran destruyendo puentes y colocando minas a su paso. El día 8 es liberado Huambo, y el 13 la ciudad de Luen.

El 13 de enero de 1976 en plena consulta de urología me fueron a ver unos compañeros del comité de movilización para preguntarme si estaba dispuesto a participar en una misión internacionalista. Dije que sí y en ese mismo instante me trasladaron hacia la unidad militar 6533, y desde allí me llevaron hacia Camagüey. La noticia sobre mi sorpresa-movilización fue anunciada a mi esposa, que también es médico, por la secretaria de mi consultorio una hora después de mi partida. En ese momento tenía mi primer hijo dos meses de nacido. La sorpresa en este caso no daba tiem-

po a reflexionar sobre las tareas propias de la casa en la institución de la familia. Creo que fue mejor que la despedida ocurriera de aquella manera, que me evitó la conmoción de observar la palpitante vida del recién nacido en brazos de su madre.

Llegamos a Loma del Hierro en Camagüey, donde se encontraban las tropas cubanas en fase de entrenamiento. El cambio fue total. El primer día me vacunaron y dormí suspendido sobre la tierra en una hamaca, con fiebre, dolores generalizados producto de la acción de la vacuna, e imaginé que don Quijote era una bella figura en comparación conmigo. Lo primero que hice fue familiarizarme con todo lo que me rodeaba, la vegetación, el campamento, los jefes, los combatientes, las voces de mando, el ruido interminable. Me entrené como todos en las prácticas militares, aprendí a disparar, resistí pesadas caminatas, abrí trincheras.

Al frente de mi compañía iba un personaje que nunca he olvidado: un Soldado alto, de sólida complexión y armado con una imponente ametrallora calibre 30 que, sin embargo, parecía objeto insignificante en sus manos. El día que reparé en él por primera vez sentí de inmediato que yo estaría protegido por aquel guerrero en caso de combate contra el enemigo. Pero mis cálculos fallaron... Una mañana desperté muy temprano con la noticia de que el soldado había desertado, en su hamaca sólo amanecieron su ropa y su arma. Así se producía el escape de los que no participaban con la idea internacionalista o sencillamente tenían otros problemas a los que le daban prioridad. La fuga durante la noche

era arriesgada y por lo mismo algunos fueron atrapados y enviados de regreso a sus lugares de origen. La palabra con que mejor se definían era *rajao*, acción y efecto de rajarse.

Durante ese tiempo las visitas al campamento por parte de los secretarios del partido de cada provincia eran frecuentes, se reunían con sus comprovincianos y les arengaban. Las noticias sobre los combates de Angola llegaban a nuestros oídos de diversas formas, ya era pública la participación de Cuba y en lo referente a la instrucción militar se nos indicaba la importancia de la defensa circular, cosa que no había sido tomado en consideración por algunas de nuestras unidades.

Un día por la mañana recibí una inimaginable sorpresa: ¡mi mujer se apareció en el campamento! Sucede que un oficial de las FAR radicado en Camagüey que era familia de la doctora Amelín —una colega de mi hospital cuyo esposo Antonio, también médico, estaba conmigo—, movió sus influencias para permitirles llegar hasta nosotros. La emoción nos embargaba a todos y además habían traído comida de nuestras casas, que siempre es diferente a la de los campamentos. Las horas se escaparon de nuestras manos y en esa despedida ya se tenía mayor precisión del lugar de destino. En esos momentos no se conocía si regresaríamos, era algo parecido al viaje de Cristóbal Colón. Fue imposible ocultar las lágrimas. Sabíamos que el adiós de aquel día pudo haber sido el último.

Pertenecíamos al tercer batallón del regimiento 1090 de Mangos de Baraguá. El Jefe del batallón era el mayor

Eddier Esquivel Martín, el jefe de plana el capitán Pedro Expósito Teruel, y el sustituto de éste el capitán Armando Rabilero Duarte, un antiguo oficial del ejército rebelde, y además el político. El puesto médico tenía cinco sanitarios incluyendo al sanitario mayor, procedentes de Mayarí, Nicaragua y Moa, el otro de Camagüey

Muchos médicos nos vimos en el entrenamiento y conocíamos quiénes serían los próximos, también sabíamos los nombres de los barcos en que navegaríamos. Así nos fuimos separando los médicos conocidos hasta que el 4 de febrero de 1976 se produjo la partida de mi batallón de infantería motorizada. Desde el día antes de soltar amarras nos encontramos en un lugar llamado Casa de Tablas, en Paso de Leska, donde fuimos vestidos de civil y sobre las once de la noche nos trasladaron en guaguas hacia el Puerto de Vita. La llegada a los muelles portuarios en medio de la noche resultó algo impresionante para aquellos de nosotros que nunca habíamos estado en un barco, que éramos muchos. Bajo el compás estridente de las marchas de combate, una fila de nunca acabar subía por la escalerilla lateral del “Playa Larga”, un navío de carga de la flota cubana. Cerca del punto de ascenso a la escalerilla había algunas mesas y dispersos desordenadamente sobre ellas se apreciaba un montón de carnets de los reservistas militantes que alcanzaron a llegar hasta allí, pero no tuvieron valor de subir ni un peldaño, eran los últimos, los que habían aguantado su decisión hasta el minuto final.

Sucede que en Cuba muchas veces los trabajadores se comprometían a realizar determinada tarea —digamos,

una movilización a la caña—, mas por determinada razón al final no cumplían su compromiso; otros daban su disposición para una maniobra militar previendo un posible ataque enemigo, pero a última hora se echaban para atrás. Lo curioso es que en tales casos el hecho de haberse comprometido era suficiente para que no se descalificara a nadie por no cumplir su palabra. Todo el que dio el paso al frente tenía un papel de cumplimiento de la tarea asignada por la Revolución y eso era muy importante en el trabajo. Pero ahora la cosa iba en serio y estaba la vida en juego y, por tanto, había llegado el minuto de la verdad. Después veremos cómo otros tuvieron la capacidad de ir más allá de este límite psicológico, evidentemente fueron muy pocos, pero se subieron al barco. Hasta el último momento se mantuvo entre los combatientes una orquesta integrada por músicos movilizados para participar en la misión, pero poco a poco sus miembros fueron quedando en el camino, hasta el último de ellos, que llegó justamente hasta el puerto. Más tarde diríamos decíamos jocosamente que nos dejaron sin bailar.

## Capítulo 2

### Travesía. Llegada

El abordaje del barco fue algo horrible. Íbamos en filas y no había distinción en las mismas —por lo menos el primer día—, las órdenes se escuchaban por doquier todos fuimos confinados a la bodega del buque, impregnada de los olores del azúcar que allí se cargaba usualmente. Allí había literas que vistas en conjunto formaban edificios de considerable altura e incómodos para quienes tenían que escalar hasta arriba. El olor era desagradable y los primeros bamboleos del barco provocaron náuseas a los soldados. Las letrinas improvisadas se encontraban en cubierta, donde fuertes mangueras realizaban las limpiezas con chorros de agua de mar.

Para el reservista es difícil acostumbrarse a la compartimentación propia de los militares de acuerdo con su rango, algo determinante dentro del ejército. Se pudiera decir que un médico en un hospital vendría a ser como un capitán en la armada, pero en aquel barco militarizado, con todo y lo profesionales que éramos no teníamos más remedio que coger la cola y permanecer en el piso de la bodega, que era

el lugar que tocaba a los soldados. Obviamente aquella idea no me gustaba mucho.

En el barco viajaba el enfermero oficial de la tripulación, llamado Delvis y trabamos amistad rápidamente, yo le ayudaba en los problemas médicos y él me ayudaba en lo relacionado con los cuidados de enfermería; así que en solidaridad me brindó una de las camas que tenía en su camarote, a partir de lo cual mejoró mi posición y además podía ver la televisión que tenía el enfermero. Un día se desencadenó una diarrea colectiva que nos dio muchos problemas controlar, yo tenía que descender y repartir antidiarreicos en grandes cantidades, de litera en litera, evitando además la deshidratación de la gente. En cubierta el trabajo era constante y las mangueras funcionaban todo el tiempo. La vergüenza se perdía ante los cólicos intestinales, que no dejaban otro camino que defecar al aire libre ante la mirada de los demás. En otros momentos no se podía permanecer en cubierta debido a la proximidad de aviones enemigos cuyas intensiones desconocíamos. El barco contaba con un salón preparado para posibles intervenciones quirúrgicas de urgencia, pero no tuvimos necesidad de esto, lo cual me alegró mucho.

El 18 de febrero de 1976 llegamos a Luanda entre las dos y las cuatro de la madrugada, desde un camarote observé a los trabajadores del puerto, que iban y venían constantemente. Me parecía todo muy extraño y lo asocié a mi visión de África procedente de mi lectura de muñequitos de Tarzán. Desembarcamos ordenadamente y nos dirigimos

hacia un barrio en las afueras de Luanda llamado Viana, distante a unos veinte kilómetros, con muchos edificios en construcción. En frente estaba el ferrocarril y ahí nos reagrupamos esperando la próxima partida, anunciada para el 27 de febrero. Aquel lugar nos permitió comenzar a conocer a los angolanos que residían por allí. Por vez primera vimos modelos diversos de carros como los *Range Rover* y otras marcas de automóviles, muchos de ellos con timón a la derecha, conducidos por colonialistas portugueses. Algunos de los médicos holguineros coincidimos en lugares públicos del lugar donde, por cierto, pudimos hacer a escondidas una que otra llamada telefónica a Cuba. Posteriormente conocerán las implicaciones de esta indisciplina.



## Capítulo 3

### Recorridos

Nuestro batallón de infantería motorizada recibió la orden de desplazarse hacia el norte. Primero partió una parte en ferrocarril bajo el mando del jefe de batallón, y después lo haría el resto comandado por el jefe de plana. Al final de la marcha en columna organizada, el 22 de febrero nos reagrupamos en Malanje, pasamos por Camabatela el primero de marzo y al siguiente día atravesamos Negage, hasta llegar a Carmona (Uíje) y asentarnos allí el mismo dos de marzo. En aquel sitio encontramos condiciones en verdad excelentes, se trataba de un poblado de estilo portugués con una finca experimental de café cuyas casas vacías sirvieron de campamentos provisionales para nuestra tropa. Los habitantes del lugar las habían abandonado durante la confrontación con las tropas de Holden Roberto, que era el jefe rebelde del Frente Nacional por la Liberación de Angola, segunda fuerza opositora al MPLA.

Parte de nuestros oficiales se desplazaban frecuentemente hacia la frontera con Zaire previendo variantes para en-

frentar a las tropas enemigas provenientes de aquella parte. Había muchas serpientes en esos cafetales y era de vida o muerte cerciorarse de no ser sorprendidos por ellas en lugares donde podían esconderse con muchísima facilidad, como los cojines o asientos de cualquier coche, el interior de una mochila, las botas debajo de la cama, o en el escondrijo menos sospechado. Levantamos el puesto médico en una de aquellas casas, con todo el equipo de primeros auxilios apenas sin desplegar, en sus cajas. Los carros destinados al servicio médico eran adaptados de acuerdo a las circunstancias, así nuestra primera ambulancia fue improvisada en un carro VW petrolero con capacidad para trasladar camillas en su parte posterior, pues aún no llegaban de Cuba las ambulancias indispensables en aquellos momentos.

Yo aproveché la oportunidad para aprender a manejar bajo la generosa guía de mi compañero Montoto, el sanitario conductor. Más tarde obtuvimos una máquina Ford tipo panel que tenía mejores condiciones y que nos acompañó durante largo tiempo en la contienda bélica.

Este poblado donde llegó a asentarse la empresa cafetalera abandonada, tenía en derredor gran cantidad de plantaciones de café muy pequeñas, había humedad y llovía frecuentemente en esos días. Nuestros soldados al encontrarse en un país africano, tenían conciencia del peligro que representaban para nosotros los animales propios de estas tierras. Sabíamos algunas cosas de África y su fauna, y esto creaba ciertas tensiones durante de las horas de guardia, y en situaciones de aislamiento, donde la psiquis juega su pa-

pel que se alimenta además con las supersticiones. Y eso fue lo que sucedió casi al inicio de nuestra llegada cuando se produjo el primer herido de mi batallón por arma de fuego.

Sucede que teníamos establecido un perímetro de defensa circular de acuerdo con las órdenes del mando. Avanzada la noche y durante el cambio de guardia, alguien no respondió debidamente su contraseña, por lo que siguiendo el reglamento uno de los guardias disparó sobre su propio compañero desde una distancia aproximada de entre seis y siete metros, descargando el cargador de su AK. La víctima cayó al suelo y cuando llegó Lesme, un guantanamero que en aquel momento era el jefe de la guardia, le indicaron que el enemigo estaba en el suelo, que le tirara. Lesme tenía una ametralladora calibre 30, pero no se turbó y de inmediato se percató de la situación y corrió a cargar al herido para llevarlo hasta el puesto médico. Tocaron con fuerza a mi puerta y, algo somnoliento, tomé la pistola en la mano y escuché la agitación de unas voces que gritaban, “¡Médico, médico un herido!”. Abrí la puerta y pasaron al herido, rápidamente hice una evaluación general del soldado: tres disparos a sedal sobre uno de los hemitórax, otro balazo en una de las piernas, su rifle AK destrozado, sobre todo el cargador, una bala le atravesó la gorra y, por supuesto, el soldado temeroso de encontrarse a la diestra de San Pedro. Desempaqué lo más rápido que pude y le brindé los primeros auxilios. En un camión civil improvisado trasladamos al herido hacia el hospital de división situado en Negage. Allí llegamos temprano en la mañana con tan buena suerte que el jefe de los

servicios médicos era el cirujano Villamil, un conocido del hospital donde trabajo en Cuba, lo cual nos produjo mucha alegría. Villamil nos presentó al jefe del frente norte en ese momento, quien después sería general de división Víctor Shueg Colás, quien actuó como si nos conociera desde mucho tiempo atrás. Me llamó la atención que estaba descalzo en la jefatura y constantemente se pasaba la mano por la cabeza, de hablar fluido y sin arrogancia, a pesar de la alta responsabilidad que tenía sobre sus hombros.

Les describo la secuencia del soldado herido cuyo territorio de procedencia era Guantánamo. Quedó ingresado en el hospital de division, recibiendo atención médica con especial atención a la pierna dañada por el impacto de la bala, un área importante en términos militares porque garantiza la locomoción del soldado. En ese lugar fue mejorando hasta obtener la rehabilitación completa en par de meses, durante ese tiempo se le asignan tareas menores desde el punto de vista físico hasta que estuvo listo para volver a nuestro batallón que se había desplazado hacia el sur, este recorrido lo fue realizando intercambiando entre diferentes batallones, compañías, pelotones, etc, de otras unidades hasta que arribó a su unidad inicial donde fue recibido con muestras de simpatías por sus compañeros. Cuando recordamos junto a él los sucesos ocurridos nos percatamos de las imprecisiones ocurridas durante los cambios de guardia en relación al manejo de las señas y contraseñas, algo que nos parecía insignificante pero que puede dar al traste con la vida del soldado, aunque en este caso fue evitada gra-

cias al sentido común y audacia del jefe de la guardia.

De regreso nos dedicamos a mejorar las condiciones del puesto médico. Los compañeros dirigentes del MPLA en esta provincia tenían una responsable de los servicios médicos angolanos, era una mujer de procedencia italiana que había luchado con las tropas angolanas de Agostino Neto, según la referencia llegada a nosotros. Ella quiso establecer relaciones de trabajo con nuestros servicios médicos y le brindamos ayuda en este sentido. Más adelante veremos qué sucedió con ella.



**Zonas destruidas en combates anteriores contra fuerzas de la UNITA.**

Se recibe la orden de partida hacia el sur y comenzó el desplazamiento de nuestro batallón en dirección a Lombe, que alcanzamos para el 16 de marzo, y continuamos para alcanzar

Dondo al siguiente día. El 19 llegamos a Quibala, lugar donde encontramos grandes plantaciones de piña abandonadas que aprovechamos para satisfacer nuestros deseos de comer tan deliciosa fruta. En los anteriores lugares se constataba la lucha que nos precedió contra las tropas de la UNITA: destrucción por doquier, blindados destruidos, terreno calcinado. En Nova Lisboa estuvimos el 21 de marzo, una ciudad muy bella pero que estaba destruida.

Sobre esta ciudad debemos conocer que después de la independencia de Portugal en 1975, Nueva Lisboa recuperó su nombre original: Huambo. La Guerra Civil de Angola destruyó gran parte de su infraestructura. Huambo se convirtió en el escenario de batallas brutales durante la sangrienta guerra civil entre el gobierno y la UNITA desde la independencia hasta la muerte del líder rebelde Jonás Savimbi. La ciudad fue sitiada y sufrió severos daños, sus civiles fueron masacrados unos y otros forzados a huir de la ciudad. Tras la independencia en 1975, Savimbi declaró Huambo como una república independiente dentro de la nación. Sin embargo, el gobierno del MPLA recuperó ciudad el 8 de febrero de 1976 con la ayuda de las tropas cubanas, aunque la mayoría de las áreas circundantes se mantuvieron bajo control de la UNITA.

El desplazamiento de nuestro batallón continúa hasta llegar a Caconda el día 22 y siguiendo en dirección a Dongo, donde estuvimos los días 24 y 25. Dos días después el 27 de marzo tendremos noticias de que los últimos soldados sudafricanos que quedaban en el territorio abandonan Angola. Proseguimos marcha hasta Cassinga (minas de

hierro) donde dormimos una noche; en este lugar había refugiados namibios, tenían sus campamentos. El 3 de abril nos desplazamos hasta Anhanca, cerca de Namibia, donde permanecemos hasta el 19 del propio mes.

El 22 de abril los gobiernos de Angola y Cuba acuerdan la reducción paulatina del contingente cubano que había llegado a más de treinta mil efectivos en las tierras de aquel país.

Nuestra marcha avanzó hacia Arturo de Paiva, donde nos mantuvimos dos meses desde el 20 de mayo hasta el 20 de julio. Es un lugar árido, rodeado por pantanos y gran insalubridad, lo que demandó una lucha sanitaria muy intensa para preservar la salud de la tropa cubana. Nuestra unidad practicaba operaciones de limpieza y búsqueda del enemigo, mediante incursiones de las compañías. Aquí recibimos la noticia de la muerte de Fabio Álvarez Galán, jefe de operaciones de un batallón próximo y conocido en mi unidad, quien resultó muerto en una emboscada.

En una ocasión fue descubierto en los pantanos un Land Rover camuflado que se decía era del segundo de Jonás Savimbi, después lo vimos en la división y al final en la Misión Militar Cubana en Angola, junto a otros vehículos capturados al enemigo.

Atendimos a heridos y enfermos pertenecientes a la Swapo. El paludismo fue la enfermedad principal contra la que luchamos, cosa difícil en estos inhóspitos lugares. Una parte de la alimentación fresca del personal era garantizada con la cacería de unos animales salvajes llamados

bacazas, muy parecidos a los búfalos. En ocasiones se nos unían pequeñas unidades de combatientes angolanos que pernotaban en el batallón. En una oportunidad pude ver algunos de ellos desenterrando vísceras de los animales que matábamos, situación que nos traía problemas éticos, pero optamos siempre por el respeto de las costumbres locales.

En estos momentos de espera los días se hacen más largos y el aburrimiento hay que alejarlo para no pensar en los problemas familiares o bien en el desgarrador proceso de la guerra. Por ello los soldados realizan actividades no programadas por la dirección del batallón. Los soldados encargados de la defensa circular, alejada del batallón, en ocasiones solían cazar animales salvajes que posteriormente cocinaban. En uno de esos momentos tuve la satisfacción de probar la carne de un venado asado bien guardado en una de nuestras trincheras. También un soldado llegó corriendo al batallón pensando que era perseguido por un león, pero en su carrera ni siquiera se acordó que portaba un fusil AK: tal era su espanto.

El puesto médico estaba alejado del resto del batallón, lo que nos permitía gozar de cierta autonomía. Allison, el chofer del camión asignado al equipo sanitario, era buen mecánico, procedente de Guantánamo, querido por todos, jocosos. Cierta día nos pusimos de acuerdo para jugarle una broma que consistió en que yo enloquecía de repente, tomaba un AK sin su cargador y con una bala de salva alojada en su recámara. Llegada la noche ocupamos los lugares en nuestras camas y horas más tarde me puse a dar gritos, tomé

el arma y disparé la salva sobre Allison, quien dio un tremendo salto pensando en la muerte. Nos reímos mucho, y por cierto tuve que salir corriendo porque mi amigo quería darme una tunda.

Para mantener a la tropa entrenada se desarrollaban clases de la preparación combativa y todos tratábamos de aprovecharlas lo mejor posible. Las llegadas de las cartas de nuestros familiares eran de los momentos más esperados. Como siempre, los cubanos nunca renunciamos a los chistes habituales ni siquiera en situaciones dramáticas y esto afianzaba nuestra unidad y nuestras costumbres. En cierta ocasión alguien hizo correr la voz que la correspondencia en sobres amarillos significaba la traición por parte de las mujeres dejadas en Cuba y, como suele suceder, algunos se lo creyeron. De este modo se aprovechaba la ocasión para depositar en el bulto alguna que otra carta amarilla dirigida a determinado compañero, y llegado el momento todos observábamos, aguantando la risa a más no poder, la reacción del elegido. En verdad los incautos la pasaban muy mal.

En una ocasión tuvimos un soldado muy grave de paludismo y hubo que trasladarlo hacia un hospital muy lejano, en la ambulancia adaptada. Tomamos el camino y antes de llegar a Matala una unidad de cubanos que se encontraba en nuestro itinerario nos brindó comida. La tarde iba dejando entrar la noche y antes de continuar habilitamos el tanque de gasolina, unos pocos kilómetros más adelante el motor comenzó a calentarse, de manera que nos vimos obligados a parar continuamente. Así echando agua y descansando

pudimos llegar hasta Matala donde los técnicos de nuestras unidades destacadas en dicho lugar hicieron el diagnóstico: motor fundido por gasolina de alto octanaje. Así que no tuvimos más remedio que dejar el carro en sus talleres y continuamos hacia Sá da Bandeira (Lubango), bello lugar donde tomamos un ligero descanso. Por cierto, en los diarios estaba la noticia de un grupo de personas que fueron deportadas de Angola por conspirar contra el MPLA, y entre ellas se encontraba la italiana enfermera que habíamos visto en el norte. Al cabo de dos días estábamos de regreso y el motor del carro había sido sustituido completamente, así que continuamos en él hacia la unidad. Sentimos el gran espíritu de solidaridad ofrecido por esos soldados.

En otro momento hice igual recorrido, siempre muy alerta ante las curvas donde el enemigo podía tendernos una emboscada. Al regreso tuve dos situaciones interesantes, una de ellas por un desperfecto que tuvo el carro que usábamos por ambulancia. En pleno monte el carro tuvo que regresar a pocos kilómetros cuando íbamos hacia Matala, no recuerdo con exactitud por qué tuve que quedarme a esperar allí el regreso del carro. El asunto es que después de verme allí, solo y en medio de un camino por cierto arenoso y rodeado árboles medianos, me dio por pensar en los leones. Así que me aconsejé y trepé a un árbol, a la espera y vigilante con todas mis armas cargadas. En momentos como esos el tiempo pasa lentamente, hasta que al fin llegaron mis compañeros, y por suerte mi león nunca llegó. Habíamos avanzado algunos kilómetros cuando atravesando el camino, gentes de una tri-

bu, casi desnudos se interpusieron en el camino y por medio de señas nos propusieron hacer intercambios. Yo portaba un cuchillo comando de las tropas norteamericanas que llamó la atención a un angolano que traía, por cierto, un cuchillo primitivo que guardaba en una funda de madera tallada, en verdad un objeto de gran valor cultural, así que no dudé en establecer el intercambio, los dos ganamos.

Una compañía nuestra fue emboscada cuando se dirigía hacia el este, iban a ser desmovilizados. En una de las curvas por las que pasaban fueron atacados a pesar que ellos se protegían abriendo fuego antes de llegar a las mismas. Hubo varios heridos que fueron atendidos en otra unidad cercana, uno de los cocineros nuestros fue herido en el brazo y se portó temerariamente avanzando sobre el enemigo con fuego continuo, sosteniendo con una sola mano su arma. Este hombre era una gente común en mi batallón, pero allí se creció significativamente. Así pasa con los hombres en el combate: el que menos se piensa resulta un león. Otra vez sin quererlo volví a pensar en el soldado de la ametralladora que desertó en la preparación en Loma del Hierro...

Hacia junio de 1976 recibí en mi campamento a los primeros estudiantes sanitarios procedentes de la Filial Universitaria de Holguín, que habían cumplido misiones combativas con las primeras unidades militares cubanas, eran alumnos

principalmente de tercer año de la carrera y algunos de cuarto año, que ahora comenzaban a desmovilizarse. Permanecieron junto a nosotros unos diez días que aprove-

chamos para intercambiar experiencias militares y humanas en la guerra, noticias de sus familiares y la situación de los otros médicos de nuestra provincia que fueron sus jefes y que además eran médicos del hospital Lenin donde nos conocíamos. Aprovechamos para tomarnos fotos.



**Estudiantes de medicina en función de sanitarios. Al fondo la ambulancia que utilizamos durante el desplazamiento hacia el sur.**



**Estudiantes de medicina con el jefe del batallón, Mayor Ed-dier Esquivel.**

Algunos miembros de la UJC de la División fuimos convocados a un acto solemne donde nos entregan el carnet del PCC por parte del político del regimiento, el capitán Francisco, familiarmente conocido por Paco. También se hicieron las propuestas para recibir la Orden al Mérito “Pedro Soto Alba”, que recibí a mi regreso en Cuba. En ese periodo se producen desmovilizaciones del ejército de forma programada y muchos de los compañeros nuestros pasaron a la vida civil, así pasó con sanitarios míos o bien choferes del batallón que más tarde fueron choferes de la OMA (Organización de Mujeres Angolanas) o bien en otras funciones civiles, otros a la lucha contra bandidos, etc. En fin, el batallón original se estaba desintegrando, el sustituto del Jefe de la Plana Mayor regresa a Cuba.

El 21 de julio abandonamos nuestras posiciones y comenzamos el regreso pasando por Matala, lugar donde recogemos a un grupo de soldados predominantemente pinareños, junto a algunos de otras provincias que se encontraban casi en estado de insubordinación porque querían regresar a Cuba, pues el resto de sus compañeros habían sido desmovilizados. Durante cierto tiempo se habían tornado agresivos e indisciplinados, efectuaban disparos contra cualquier animal que les pasara cerca, así que había tensión militar para llevarlos al batallón, cosa que se hizo posteriormente. Igualmente sucedió con otros soldados que se encontraban en Huambo que también fueron incorporados. Seguimos por Sa da Bandeira, Nova Lisboa (22/7) y Quibala (23/7) hasta que llegamos el 24 de julio

a Luanda, donde mi batallón fue designado para mantener la seguridad de la MMCA (Misión Militar Cubana en Angola).

## Capítulo 4

### MMCA. Misiones combativas

En este lugar compartíamos un puesto médico amplio junto a otros médicos permanentes de las FAR. Mis sanitarios no eran los originales, pero quedaba uno de Camagüey apellidado Calli, quien era chofer y jefe de los mismos; había una enfermera angolana que se llamaba Tania. La plaza era un sitio muy bien protegido y como toda plaza militar tenía un calabozo donde venían a parar militares que habían cometido faltas graves u otros actos que pudieran desacreditar a nuestras fuerzas armadas. En varias ocasiones presté asistencia a los prisioneros donde las condiciones eran buenas.

Había un teatro al aire libre donde se presentaban espectáculos públicos dirigidos a los soldados y oficiales, provenientes muchos de estos grupos de Cuba. Cercano a este lugar está Rosalinda, una zona limitada donde podían llegar figuras de los gobiernos cubano y angolano. Durante la visita del comandante en jefe Fidel Castro fuimos movilizados hacia ese lugar para participar en el control de la alimentación.



**Médico de la MMCA.**

Nunca había visto de cerca a Fidel Castro y cuando estuvo en la MMCA tuve esa oportunidad. Su pelo y barba de color rojizo contrastaba con lo visto por la TV, pensaba que era de color negro. Su discurso fue vigoroso. Iba acompañado por Celia Sánchez Manduley.

Las tropas también fueron llevadas al anfiteatro al aire libre de Luanda para esparcir sus mentes. El momento de relativa calma en el campo militar así lo ameritaba. También visitábamos en ocasiones el hotel Presidente, lugar donde

se encontraban muchos de nuestros dirigentes nacionales en contacto con sus similares angolanos.



**El chofer Montoto y yo Identificando un cadáver cerca de la MMCA.**

Algunos de nuestros hombres fueron designados para proteger la construcción de un puente al norte en la zona de Ambriz, donde sucedió un hecho lamentable cuando uno de nuestros BTR (vehículos blindados) paró precisamente sobre una mina, haciéndola detonar. Falleció un soldado llamado Reynaldo, de las Tunas, quien había sido muchas veces vanguardia del batallón; fue una muerte sensible y desgarradora.

En los periodos de espera florecen los sentimientos del hombre y las ansias del regreso, eso que en buen cubano llamamos “el gorrión”, lo que perturba nuestro accionar cotidiano, no es fácil deshacerse del mismo y nuestras ac-

ciones se expresarán de diversas formas para dar riendas sueltas a nuestros deseos. Eso le sucedió a uno de mis sanitarios. Sobre las diez de la mañana escuché al fondo del puesto médico donde teníamos una sala para enfermos un ruido intenso; por el pasillo, única vía para llegar a nuestro cuarto, me sorprendieron tres o cuatro pacientes que huían velozmente con el suero al hombro hasta pasar junto a mí, perseguidos por el enfermero enloquecido, con los ojos brillantes y rojos, que en desenfrenada carrera siguió hacia las zonas cercanas y corrimos detrás de él, hasta que se lanzó contra un grupo de arbustos con espinas cayendo de bruces. Ahí pudimos rescatarlo, lo llevamos de regreso, le inyectamos clorpromazina y al rato estuvo controlado. Posteriormente fue evacuado por enfermedad. En uno de mis desplazamientos a Luanda tuve la oportunidad de llegar al hotel donde se ubicaban las fuerzas médicas cubanas y donde había profesores destacados de la medicina cubana, allí estaba la Dra. Pura Avilés, qué alegría tuve porque pertenecía al hospital Lenin, la queríamos mucho y allí fui en otras ocasiones.

El 14 de octubre de 1976 mi puesto médico recibió la orden de formar parte de un regimiento angolano que operarían hacia la zona de Kwanza Norte. Como se trataba de un caso excepcional, porque no había otros cubanos en las fuerzas angolanas, teníamos recelos al integrarnos completamente con soldados FAPLA. Antes de partir pasamos por los servicios de retaguardia y tomamos suficientes provisiones como para alimentarnos un año, conocíamos ya

sus diferencias alimentarias con las nuestras. Llevamos una ambulancia (ya habían llegado de Cuba) y un camión Wat con todo lo necesario para atender heridos.



**Los sanitarios y yo junto a la ambulancia en la partida Hacia Kwanza Norte.**

Una larga columna se formó y tomamos camino por la madrugada. Aquí también los angolanos disparaban antes de llegar a las curvas. Pasamos por una aldea en donde vimos a un grupo de la población correr detrás de un animal que para sorpresa nuestra era un ratón. En ese lugar el comisario nos invitó a mí y a mis sanitarios a comer por la noche en gesto de buena voluntad y para celebrar la llegada de la tropa. El asunto es que habían preparado un funche (alimento a partir de la yuca) acompañado de pollo y otras cosas más. Realmente no pude ingerirlo, pero tenía pena con ellos y como el lugar

estaba semi-oscuro aproveché para tirarlo al suelo disimuladamente. Al fin llegamos al lugar destinado al filo del mediodía. El lugar donde me encontraba tenía magníficas condiciones, todo de mampostería, duchas sanitarias, buenos cuartos, lugar amplio para el puesto médico, etc. El angolano jefe del regimiento se acercó a mí y me indicó que le acompañara para reconocer el lugar y buscar la mejor posición para atender a los heridos. Este lugar tenía cerca varias elevaciones y tomé un jeep junto con ellos para estudiar el terreno, el chofer desarrolló una velocidad espantosa, tomando las curvas entre las montañas de forma insegura, hasta que llegamos a la parte alta de una montaña desde donde podía divisarse la región. Llegué con los testículos en la garganta, pero no podía mostrar miedo. Por esos lugares había grupos armados contrarios al gobierno que mantenían en hostigamiento a las FAP-LA, y la misión era efectuar una limpieza. Me propusieron instalar el puesto médico en ese preciso lugar, pero los convencí de que el mejor lugar era donde habíamos llegado primero. Al regreso comenzamos a instalar nuestros medios, una cerca nos rodeaba y había una torre que sirvió para la guardia nocturna. Por la madrugada un fuerte bombardeo de morteros, cayó precisamente sobre la posición que nos habían sugerido, menos mal que no acepté, tuvimos suerte. Llegaron dos o tres heridos angolanos sin mayores consecuencias.

De ahí en adelante sólo recibimos algunos heridos esporádicamente.



**El sanitario mayor Arredondo y yo con nativos del poblado cercano al Puesto Médico**

En una zona próxima realizábamos prácticas de tiro para mantener la forma. Había guardias FAPLA con nosotros de forma permanente custodiando nuestra posición. Un día decidimos ir de caza, preparamos el camión Watt y decidimos partir durante la noche hacia una zona lejana donde me dijeron había gran cantidad de venados.

Llevamos nuestras AK sobre la cama del camión apuntando hacia el frente donde se suponía que fuera sorprendido cualquier animal salvaje, momento propicio para abrir fuego. El camino era irregular y pasamos la madrugada en vela, sin hallazgo de vida animal, por la mañana logramos divisar varios grupos de venados algo distantes, abrimos fuego muchas veces pero nada cazamos. Por el mediodía, cansados y desanimados, decidimos regresar. En el camino, uno de mis sanitarios llamado Waldo, de Pinar del Río, identificó a unos 700 metros algo que sobresalía en la cúspide de un árbol, tal

vez un pájaro. Tomó puntería con la AKM y disparó, el ave cayó atravesada por el certero tiro, llegamos presurosos para identificar el animal, era un ave de rapiña que para mi criterio nada tenía que envidiarle al aura cubana. Para festejar la excelente puntería del pinareño y olvidarnos de la derrota en la cacería, preparamos condiciones y asamos al bicho, que tenía buen sabor. Regresamos contentos, pero muy cansados.



**Lugar donde instalamos el Puesto Médico. El sanitario Calli, un guardia angolano y yo.**

Para finales de diciembre del 76 se rumoraba las intenciones de Jonás Savimbi de reorganizar su tropa para enfrentarse a las tropas regulares angolanas y cubanas, por ello circulaban muchos rumores y la población angolana era portadora de estas noticias. Se tomaron mayores precauciones en la seguridad de nuestra tropa y nosotros que nos encontrábamos sólo con angolanos comenzamos a realizar guardias nocturnas sin confiarnos de los angolanos muchachos jóvenes y que eran presas del sueño muchas veces según yo había constatado. La torre fue

reforzada, había un verdadero polvorín arriba y yo no dormía inspeccionando los turnos de guardia, fueron días difíciles pero estuvimos decididos a vender cara nuestras vidas. Finalmente el 10-12-76 terminamos la misión en ese lugar regresando a la MMCA.



**Uno de mis sanitarios y yo con un guardia de seguridad angolano asignada al Puesto Médico.**

En 1977 se interrumpe la retirada de las fuerzas cubanas al producirse violaciones de la frontera angolana con Namibia, ataques a los puestos fronterizos, ayuda a la UNITA con el pretexto de persecución a la SWAPO. La ONU impone embargo internacional a la venta de armas a Sudáfrica y sanciones económicas.

Aquí ya se hablaba de vacaciones por vez primera para la tropa cubana, en realidad preferí terminar los pocos meses que me faltaban, antes de viajar a Cuba y regresar por poco tiempo, que para mí hubiera sido desastroso.

Un día nos llegó una orden al batallón donde se informaba sobre la indisciplina cometida por varios compañeros al realizar llamadas telefónicas no autorizadas a Cuba (recordar Viana). Yo me encontraba en la lista, que venía firmada por el jefe de la Misión en Angola, el general Abelardo Colomé Ibarra. Pero el problema era que teníamos que pagar los precios de las llamadas, y en caso contrario no regresaríamos a Cuba. El batallón fue informado de esto y todos contribuyeron con su dinero para saldar la cuenta, fue un gesto solidario forjado a través del tiempo.

Permanecemos otro tiempo en la MMCA hasta que nos desplazamos en dirección oeste hacia Saurimo debido a un conflicto bélico entre fuerzas katanguesas que asentaban en Angola y penetraron Zaire para luchar contra Mobutu Sese Seko el que recibió ayuda de tropas marroquíes transportadas por Francia. Al final los katangueses fueron derrotados y retornaron hacia Angola, por ello fue necesaria la presencia de tropas del Regimiento de Luanda, para evitar una posible invasión de tropas zairenses.

El batallón pasó por Malange (22-5-77), Saurimo (Vila Henrique de Carvalho) (25/5 al 11/6) y arribó a Chipaka, donde se detuvo del 11 al 28 de junio. En esos días, el 27 de mayo se produce una sublevación militar en Luanda empezando por el campamento de Grafanil, liberación de presos, mítines en la calle y toma de Radio Nacional de Angola. Se ideó la formación de un nuevo gobierno al frente del cual estaría Nito Alves quien previamente había sido expulsado del Comité Central por actividades conspirati-

vas. La estación de Radio Nacional fue tomada por las tropas fieles a Agostinho Neto, destacándose en esta acción el coronel cubano Rafael Moracén Limonta, quien junto a otros destacados militares cubanos tomaron las instalaciones de la Novena brigada, punto clave de los insurrectos. El presidente Neto informó a la población sobre el aplastamiento de la sublevación.

Por nuestra parte retornamos a Malange el 30 de junio, donde asentamos. En este momento la composición del batallón había cambiado mucho en relación con los compañeros iniciales, teníamos muchos soldados provenientes de Pinar del Rio. Una cárcel antigua abandonada fue el lugar escogido para habitar la tropa, el aspecto era deplorable y el puesto médico logramos instalarlo en la parte de abajo. Hice conexiones con una ferretería y traje un camión lleno de latas de pintura gracias a las cuales pudimos darle algo de color al puesto médico y casi alcanzaron para el resto del edificio. No sé cómo se resolvió el problema del pago. Hubo algunos problemas disciplinarios entre los soldados, llegando a tal punto que fue realizado un juicio militar por compañeros jurídicos venidos de Cuba imponiéndose algunas sanciones.

Finalmente se produce el relevo, y el jefe de la técnica de la nueva unidad que viene a sustituirnos es nada menos que mi tío, un capitán del ejército rebelde, Raúl Larrea Savigne conocido como “Tiburón” perteneciente a las fuerzas de Abelardo Colomé Ibarra (Furry). En realidad durante la corrección disciplinaria que nos impusieron por lo ocu-

rrido en Viana ya había pensado en la posibilidad de hablar del problema con Furry si no me alcanzaba el dinero. Pero, bueno... eso ya pasó.



**Mi tío y yo con pobladores de Malange.**

El regreso a la patria fue vía aérea, recibimos atención médica en el Hospital Naval de La Habana, donde nos practicaron los análisis habituales para estos casos. Posteriormente fuimos conducidos en automóviles Ford directamente hasta nuestros hogares. Como equipaje me acompañó un pequeño maletín con mis escasos objetos personales entre los que guardaba muchos discos con grabaciones de la década prodigiosa. A la llegada me recibieron mi esposa y mi hijo de dos años edad, ella sumamente delgada, con el niño en sus brazos. Tremendo momento de felicidad después de muchos sacrificios de mi reducida familia. Al siguiente día lo primero que hice fue darle cuerda a un juguete en forma

de caballito que daba vueltas de carnero, de color amarillo. Observando sus movimientos pensé en los meses que le guardé conmigo para mi pequeño, era un regalo más bien sentimental pero el mayor fue llegar con vida.



# Bibliografía

Mauro Mulet Ochoa. *Jaque Mate. Misión al sur del paralelo 16*. Instituto Cubano del Libro, 2009.

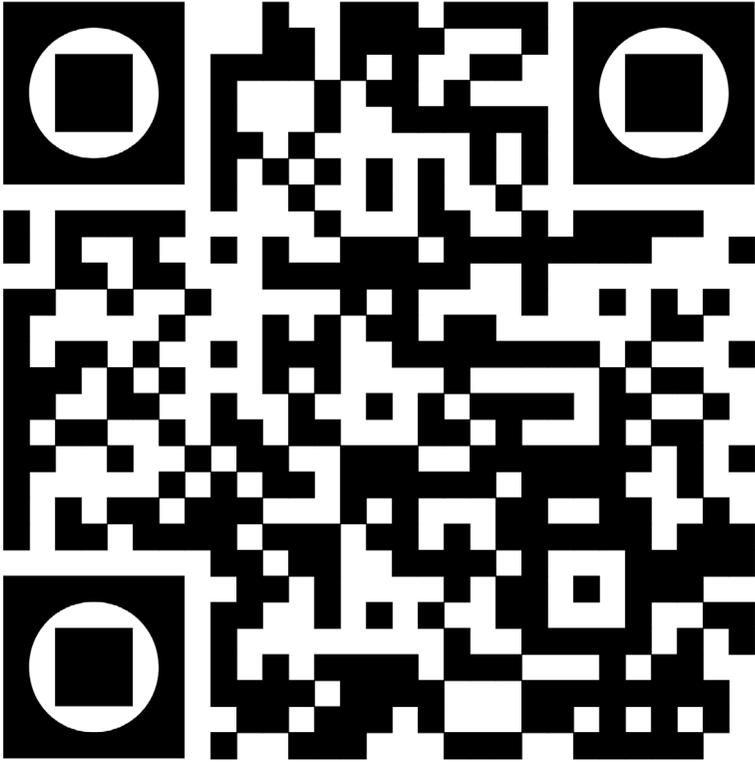
Rubén G. Jiménez Gómez. *En el sur de Angola*. Instituto cubano del libro. Editorial Letras Cubanas, 2009.

Raúl Menéndez Tomassevich, José Ángel Gárciga Blanco. *Patria Africana*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.



Publicación digital de Ediciones Clío.

Maracaibo, Venezuela,  
Abril 2024



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio web y visitar nuestro  
catálogo de publicaciones

## FUNDACIÓN EDICIONES CLÍO

"Experiencia de un médico en la guerra de Angola" relata las vivencias de un médico cubano perteneciente a la reserva durante su despliegue en Angola en 1976-1977 al frente de un puesto médico de un batallón de infantería motorizada. Desde su entrenamiento en Cuba hasta los desafíos enfrentados en tierras africanas, el médico comparte momentos de peligro, camaradería y sacrificio. La narrativa destaca la preparación física y emocional requerida para sobrevivir en un entorno hostil, así como la complejidad de las relaciones humanas en medio del conflicto armado. A través de sus relatos, se exploran temas como la lealtad, el miedo, la solidaridad y la lucha por la supervivencia en circunstancias extremas, brindando una perspectiva única sobre la experiencia de un profesional de la salud en tiempos de guerra. El regreso estuvo matizado por la felicidad del encuentro con su esposa e hijo de dos años de edad.



### **Jorge Luis Sagué Larrea**

Nacido en 1949. Médico de profesión. Ha realizado publicaciones científicas en revistas internacionales. Al frente de un colectivo de autores obtuvo en el año 2012 el Premio de la Crítica Científico Técnica de Cuba y el Premio Anual de la Salud por el libro "Urología". Su incursión más reciente en el mundo de la narrativa fue en 2021, publicó "Cuentos de Julito y su abuelo". Este libro está disponible en Amazon desde septiembre del mismo año,

